La voz de la poesía contemporánea
Santiago Venturini

La ministra de Cultura de la provincia de Santa Fe es una funcionaria atípica. En la sede principal del 24º Festival internacional de Poesía de Rosario, una sala en penumbras del Centro Cultural Roberto Fontanarrosa, iluminada por unas luces azules que crean un clima onírico o de discoteca, la ministra habla sin parar, se exalta, se desordena: pasa de Alejandra Pizarnik a Lewis Carroll, de Pablo Neruda a Aldo Olvida –el poeta homenajeado en la edición de este año–, dice que la poesía es pública porque es común, que está en todos lados y que incluso dar una vuelta por Rosario para ver el río –Rosario, una ciudad con nombre de mujer, dice– es un acto poético. Algunas de las cabezas que ocupan las sillas la escuchan con la inmovilidad de la atención, otras se distraen y miran a los costados, buscando perfiles conocidos en esa oscuridad azul. Es la presentación oficial del evento, y entre todas las cosas que la ministra dice resuena esta: "mantener un festival de poesía durante 25 años es algo inaudito". Tiene razón. Desde 1993, cientos de poetas locales y extranjeros pasaron por las sucesivas ediciones del Festival –primero "latinoamericano", luego "Internacional"– de poesía de Rosario; cientos de poetas contemplaron la pista blanda del Paraná, caminaron por la peatonal y repasaron sus poemas en piezas de hoteles. En esta edición, la cantidad de invitados y su procedencia no son un dato menor, por eso las cifras son una especie de eslogan impreso en la primera página del programa: "40 poetas, 17 países, 1 ciudad". El festival de Rosario no es el único festival de poesía en Argentina, hay otros en ciudades como Buenos Aires, Córdoba, Bahía Blanca, Mar del Plata, Mendoza y Jujuy. Tampoco fue el primero. Pero tiene una trayectoria innegable y es el más grande, lo que lo vuelve una institución consolidada en el mapa del género. La proliferación de festivales, que desde hace algunos años investigan, entre otros, los sociólogos, puede pensarse como la consecuencia políticas municipales, provinciales y nacionales, como el surgimiento de nuevos circuitos y formas de promoción culturales y mercantiles, o como el resultado de un conjunto de mutaciones específicas en la praxis de las artes, que afectan también a la poesía. Cada uno de los festivales que existe hoy en Argentina –con sus denominaciones específicas: "festival", "encuentro de poetas", "juntada", y su alcance: "internacional", "de poesía contemporánea", "de poesía latinoamericana"– es un planeta con sus propias dimensiones, su propia flora y su fauna (algunos poetas circulan de un festival a otro, pero otros son como esas especies autóctonas que sólo florecen en sus lugares de origen).

Al igual que todos los eventos culturales, el Festival Internacional de poesía de Rosario es un espacio de sociabilidad. Las personas asisten para escuchar a poetas que ya leyeron y admiran, a poetas de los que escucharon hablar, y que tienen el aura de la fama modesta que puede dar la poesía; a poetas completamente desconocidos a los que escucharán con expectativa o sospecha. Pero al mismo tiempo, la gente asiste para encontrarse con otra gente. Si en algún momento del festival uno se asomaba a las ventanas de la sala de lectura, podía ver desde lo alto diálogos mudos, bocas y manos de personas moviéndose en la entrada del CC Fontanarrosa, personas que después estarían sentadas y en silencio, dedicadas a la escucha. Esa contraposición entre el adentro y el afuera aparecía cada vez que se cruzaba la puerta de la sala de lectura, donde reinaba la voz del poeta de turno, para salir al espacio exterior y a esa distorsión sonora que forman las conversaciones simultáneas.

Para los poetas invitados, cuyos nombres figuran en el programa, el festival también es una instancia de socialización, un espacio abierto a relaciones con otros poetas. Algunos ya se conocen desde hace tiempo y el festival es una ocasión más para el reencuentro; otros, como aquellos que tienen un recorrido más o menos breve en el mundo de la poesía, llegan para el debut. Entre los poetas puede haber amistad, camaradería o directamente indiferencia. Eso se verá después de transcurrido un tramo del festival, cuando hayan compartido algo más que la programación, cuando se crucen en el desayuno, los almuerzos o las cenas, cuando coincidan en las cuadras que separan su hotel de los otros lugares de actividad. ¿Los poetas forman un gueto? Tal vez, pero sí es cierto que en las conversaciones entre poetas hay temas recurrentes: lecturas recomendables, hallazgos, libros malos, proyectos y también anécdotas y chismes en los que siempre está involucrado, por lo menos, un poeta. Esto es algo de lo que no escapa ningún grupo de personas dedicadas a una misma actividad y reunidas en una cantidad considerable durante algunos días.

Los encuentros entre poetas se dan también a través de las discusiones que el mismo festival propone. En esta edición, tuvo importancia una mesa dedicada a las tradiciones nacionales de poesía, en la que participaron la puertorriqueña Mara Pastor, la española María Salgado y el chileno Enrique Winter. Fue un diálogo en el que cada uno abordó el tópico desde una óptica diferente, aunque surgieron coincidencias; entre ellas, la necesidad de esas redes que movilizan a los cuerpos que escriben y los sacan de los espacios nacionales, como los mismos festivales. Algo que el de Rosario demostró con su alto cupo de poetas extranjeros invitados (que implicó un extenso trabajo de organización). A Rosario llegaron poetas de países latinoamericanos como Bolivia, Chile, Uruguay, Colombia Venezuela, Cuba, México, Puerto Rico, entre otros, pero también de países donde se hablan otras lenguas: la italiana Biancamaria Frabotta, la norteamericana Rae Armantrout, el brasileño Carlito Azevedo, la alemana Monika

Rinck, el chino Shu Chong, el camerunés Alain Lawo-Sukan. Durante los días del festival la mayor parte de estos poetas habló a través de las voces de sus traductores ocasionales u oficiales –como la protocolar traductora de Shu Chong, que reproducía en un castellano robótico todo lo que el poeta decía.

El público que ocupó las sillas y circuló por los diferentes espacios del Festival Internacional de poesía de Rosario era heterogéneo, aunque había una constante: gran parte eran poetas, entraban en ese círculo de roles intercambiables tan común en la poesía, no sólo porque no existe un público amplísimo, sino porque, lejos de ser una raza en extinción, los poetas abundan. Entre los espectadores había jóvenes, adultos y viejos. Esa composición etaria fluctuaba un poco según horarios o mesas: el último día del festival, la poeta norteamericana Rae Armantrout fue aplaudida por veinteañeros, por hombres y mujeres de diferentes edades, pero también por algunas señoras mayores que aparecieron en la sala aprovechando su salida de sábado y ocuparon, lentas pero bien vestidas, las sillas libres. En la trasnoche del jueves, el poeta Rubén Reches leyó con su melancólica voz un largo poema, "El teléfono de la casa paterna" que fue festejado por las personas de todas las edades que llenaban al bar ("Reches la rompió", le escuché decir a un editor joven al otro día). En las lecturas de la tarde, muchos poetas tenían, además, una pequeña hinchada propia, una cuota de público asegurado, constituido por sus lectores íntimos y sus afectos (personas que, una vez terminada la lectura, no van a durar demasiado en la sala porque su tarea ya está cumplida: no les interesa tanto la poesía, les interesa un poeta). Entre los oyentes desinteresados, estaban otra vez aquellos que cuando disfrutan de un poema tienen que decir algo en voz alta o mirar instantáneamente a alguno de sus acompañantes para demostrar su aprobación. Ese es uno de los efectos increíbles de un poema, la reacción inmediata que producen.

Es cierto que de la masa enorme de textos que se escucharon durante días, sólo algunos versos, pedazos de versos, o la impresión general de un poema va a persistir en los cerebros (como todavía persiste en el mío la huella de ese poema de Mara Pastor sobre los espejos retrovisores rotos de los autos, en los que la poeta ve su historia familiar y la historia de esa isla que es su país). La poesía en continuado es un desafío a la atención, que algunos soportan mejor que otros. Es imposible escuchar todo, por eso los asistentes seleccionan, arman su propio programa, entran a escuchar a los elegidos y aprovechan los aplausos entre un poeta y otro para escaparse de la sala y volver al mundo. La escucha intermitente es inevitable, además de sana.

Mientras tanto, los poetas desfilan por la sala de lectura. Un locutor los presenta, resume sus vidas, les da un protagonismo efímero. Algunos, incluso, esperan para entrar en escena, como si estuvieran en un estudio de televisión. Y después usan sus diez minutos para mostrar lo mejor

que tienen dentro de la programación abigarrada. Los poetas más experimentados se ven relajados, tranquilos; los más jóvenes parecen a veces demasiado conscientes de que no están leyendo en un lugar cualquiera y de que no son escuchados sólo por lectores ocasionales. Para ellos, el festival puede ser definido como una instancia de consagración, aunque eso suene demasiado sociológico, y me guste pensarlo como una especie de confirmación, uno de los sacramentos en la atea carrera de poeta. Para los ya confirmados estar ahí es un signo de su vigencia, por eso agradecen el haber sido invitados –algunos por segunda vez–, para los otros es un privilegio, como esa poeta venida de Resistencia que, antes de empezar a leer, dijo que aún no podía creer que la hubieran invitado, que todavía pensaba que esa invitación era un error.

Cuando un festival se construye desde la heterogeneidad, y fue el caso de la última edición del Festival Internacional de poesía de Rosario, tiene un efecto: exponer los posibles de la poesía. Cada uno de los poetas que subió a esa tarima expuso un modo de concebir la poesía. Yo lo habían hecho en la escritura, a través de la apuesta formal de sus propios poemas, que se unían o se alejaban de otros según la elección de opciones estéticas ya definidas: poemas inflados de solemnidad, poemas sobre mínimas experiencias cotidianas; poemas con un vocabulario serio –"el secreto genital de la palabra viva", decía un verso de la poeta uruguaya Laura Coronel– y poemas en las antípodas de esa formalidad –"agarrame la chota si no te gusta", leyó el rosarino Santiago Yañez–; poemas que no se despegan nunca del yo y poemas que parecen escritos por alguna instancia no subjetiva; poemas cómicos y poemas graves, y los infaltables: poemas sobre las posibilidades o la imposibilidad del poema, los más aburridos a esta altura de la historia de la poesía y de la humanidad. Pero existe otro lugar donde el contraste aparece de manera más evidente: en la puesta en voz, en la ejecución oral de los poemas, en su dicción. Hay una distancia considerable entre los poetas cuando se trata de leer un poema en voz alta, y es algo que esta edición del festival volvió a dejar en claro. Ese hiato podría ser pensado como generacional: hay una distancia, por ejemplo, entre Jorge Aulicino (1949), que lee sus textos con una voz casi neutral, sin ningún tipo de artificio, y Tálata Rodríguez (1978), que recita con su pelo hacia el costado y la mano derecha en el aire marcando el ritmo, casi como si rapeara en slow motion. Pero ese contraste no tiene nada que ver con las generaciones, sino con marcas de estilo: hay poetas que simplemente leen, ubican su voz en algún punto dentro del amplio espectro de variaciones de tono, cadencia y ritmo, y existen otros para los que la poesía es una intervención performática, como María Salgado, que abrió su lectura con una voz automática que se repetía como la de una grabación; o como Carlito Azevedo, que en una de sus presentaciones leyó en un portugués vertiginoso, a la velocidad de la luz, casi sin respirar. Aunque nadie entendió ni un cuarto de su poema, todos lo aplaudimos con fervor, incluso la intendente de Rosario que había llegado hacía diez minutos para la bienvenida oficial, durante la cual había hablado de la belleza

de “las poesías” que le recitaba su padre; aplaudimos porque lo importante era esa performance de la lengua (y porque a esa performance la había hecho nada menos que Carlito Azevedo).

Esas lecturas contrapuestas se llevaron a cabo en los diferentes espacios del festival, que al igual que en años anteriores tuvo la ambición de llevar a la poesía a otros ámbitos, por eso los poetas leyeron en cárceles, escuelas o programas de radio. Cada uno de estos espacios encuadró las lecturas, les dio otro alcance, aunque se tratara de los mismos mismos poetas. Al igual que en las últimas ediciones, hubo dos escenarios contrapuestos: la sala del Centro Cultural Fontanarrosa, emplazamiento oficial del festival, y las trasnoches en el bar, un ambiente más vivo pero menos cordial para la lectura en voz alta, donde los poetas leían frente a un público que en gran parte se repetía pero no era exactamente el mismo, y donde estaban obligados a imponer su voz sobre bullicio y hacer circular sus poemas entre mesas ocupadas por vasos con cerveza y platos con restos de comida. Luego de esas lecturas, las trasnoches habilitaban el “micrófono abierto”, esa forma de democratizar la poesía pero, también, de marcar el límite entre lo programado y lo imprevisible.

Entre los diferentes espacios del festival, la feria de editoriales fue un ámbito tan central como la sala de lectura. Una superficie en planta baja ocupada por tablones sobre los que se exhibieron cientos de títulos de poesía, y el punto de encuentro más importante. La feria era un panorama, una muestra en miniatura de esa fracción del campo editorial dedicada al género, en la que aparecieron representadas tanto las editoriales comerciales –cuyos títulos llegaron hasta ahí en los bolsos de pequeños "distribuidores" y vendedores de libros– como las más artesanales; desde fanzines finitos hasta volúmenes publicados por las editoriales universitarias. Un muestrario ecléctico de formatos y diseños, en el que aparecían las tapas contemporáneas de Zindo & Gafuri, las coloridas de Iván Rosado y las más sobrias de Del Dock, Hilos, Baltarassa o Bajo la Luna; los libros manufacturados de Fadel & Fadel, Barba de Abejas, Funesiana o Gigante –con sus portadas abstractas de colores planos–; y los títulos de un gran número de sellos como Danke, Neutrinos, Alción, Vox, Gog y Magog, Adriana Hidalgo, Corteza, Serapis, El ojo de mármol, Mansalva, Spiral Jetty, Ediciones en Danza, Club Hem, Editorial Municipal de Rosario, La Gota, Blatt & Ríos, Caballo Negro, Ediciones Arroyo, Eloísa Cartonera, El ombú bonsái o la novísima rosarina Abend, entre muchas otras. Para los editores de los poetas invitados al festival la feria era la oportunidad de incrementar las ventas, y recibían con una sonrisa a las personas que bajaban con la intención de comprar a ese poeta que acaban de escuchar en el piso de arriba. Las ventas fueron un tema de conversación durante esta edición del festival: algunos editores se quejaban porque vendían poco, otros estaban conformes. En los últimos dos días, los vendedores disconformes aplaudían cada vez que vendían un libro; aplauso que los editores de otros puestos replicaban, pero muchos otros no: "los que aplauden son los editores hippies", me explicó un editor amigo.

El domingo la feria se trasladó al final del boulevard Oroño. Otra vez las tablas –aunque muchas menos– con sus libros expuestos al aire libre. Los que pasaban por ahí se acercaban a mirar. Pero alrededor el parque estaba lleno de gente disfrutando del sol sobre el césped público. La mayoría seguramente ni se dio cuenta de que esa era la última intervención del festival en la ciudad, su despedida. Esa feria era como la poesía misma: algo que a veces se hace notar, pero que muchas otras pasa desapercibida, aunque sigue ahí.